

LA MUERTE Y LA NATURALEZA

Michel de Montaigne (1533 – 1592) fue un filósofo, escritor, humanista y moralista francés del Renacimiento. Fue el creador del género literario conocido en la Edad Moderna como ensayo. Ha sido calificado como el más clásico de los modernos y el más moderno de los clásicos. Entre sus múltiples enseñanzas nos ofreció esta frase sencilla y profunda: *“El que enseñase a los hombres a morir, les enseñaría a vivir”*.

No hay muchos hombres que nos enseñen a morir. Más bien abundan los maestros que nos enseñan a vivir pero ignorando la muerte. Por esta razón hay que estar atentos a buscar entre la multitud a esos profetas que nos hablen de la muerte con naturalidad y nos inviten a esperarla con serenidad y con fe.

Unos de estos hombres, me parece a mí, que es el vitoriano **Paco Fernández Beorlegui**. Cuando llegó la hora de su muerte tuvo el valor de escribir una homilía para ser leída en su propio funeral.

El nº 225 de *“Labor hospitalaria”* nos ha transmitido una copia de sus palabras que afirman que aceptó la muerte desde la contemplación de la naturaleza. Su experiencia y sinceridad nos pueden ayudar ante el miedo que nos produce la última frontera de nuestra vida. Estas son sus palabras. Nos ayudarán a meditar y a dialogar.

“Amigos:

Bienvenidos todos a celebrar este funeral: Mi Funeral.

Agradezco la voluntad que cada uno de vosotros ha puesto para venir. Unos, para cubrir expediente social; otros, para simbolizar el último saludo; otros para rezar una oración por Paquillo; y otros, para comunicarse con el Señor y encomendarme a Él, y a la vez decirme: ¡Paco, hasta pronto! A todos Gracias.

Cuando la Ciencia Médica me desahució, porque mi enfermedad así lo requería, y me dieron la noticia de que me quedaba poca vida, me sentó como un mazazo. Pocas horas después, agradecía al médico amigo que me tradujo el historial clínico y me hizo ver con tanta claridad la gravedad del momento. Me di cuenta que prefería dar cara a la realidad por triste que sería, que entrar en la incertidumbre, desconfianza y desesperación, al ver que cada día que pasaba me encontraba peor sin saber la razón ni el motivo que lo originaba, para al final sentirme desorientado, engañado y desconsolado.

Yo mismo me extrañé de la Paz que tenía dentro de mí, ante la situación. Después de meditar y analizar todo ello, me di cuenta, que tenía dos razones de peso para sentirme así.

1ª El cuadro clínico que presentaba era irreversible dado lo avanzada que estaba mi enfermedad, por ello, no cabía hacerme ilusiones vanas pidiéndole a la Medicina lo que no podía hacer.

2ª Tampoco procedía recurrir al que todo lo puede, a Dios, porque cuando me operaron del cáncer de garganta ya le pedí una oportunidad para sacar la familia adelante. Le hablé de diez años, y han pasado trece desde entonces. Eso quiere decir que me ha dado tres de propina ¿qué más puedo pedir?

Tal vez alguno de los que me habéis tratado últimamente os preguntéis de dónde he sacado la resignación y la paz que he tenido. Permitidme unos momentos para que lo explique: de una profunda convicción.

Yo siempre he tenido una inquietud por saber de dónde procede el don más grande de este mundo: la vida. He preguntado a unos y a otros, he consultado a libros para que me dieran la respuesta. Siempre he tenido contestaciones teóricas y aunque las que más me satisfacían eran las que me daba la Iglesia Católica, tal vez por llevar la contraria a esas que mis padres siempre me enseñaron, también me planteaba otras.

Un buen día encontré el gran libro que aclararía mis dudas: la madre naturaleza. Todo empezó un día de octubre. Fuimos de caza al paso Palomas en el puerto Vitoria. Llegamos al sitio antes del amanecer y yo me quedé solo en un puesto. La noche era tremendamente oscura y hacía más bien frío. Me acurruqué junto a un brezo. No andaba un pelo de viento, y el silencio era tal, que como se suele decir, era un silencio sepulcral. Me recordó las Tinieblas del Evangelio.

Pasó el tiempo y de pronto, las estrellas perdieron su brillo, la claridad se hizo presente y pude observar, cómo por el hecho de llegar la Luz, el silencio era menos silencio. Amanecía un día nuevo. Con la fuerza de la Luz, llegó la energía de la Vida. Los pajarillos empezaron a cantar e ir de rama en rama. Los insectos y animalillos se movían de un sitio para otro buscando afanosos el maná que todos los días les llega sin saber ni de dónde ni cómo, pero les llega. Pensé: ¡un día más la Luz ha vencido a las Tinieblas!

La pregunta que siempre quedó sin respuesta, de dónde vengo y adónde voy, queda ahora para mí totalmente aclarada. Toda la fuerza que da la Luz, toda la energía que da la Vida es creada, dirigida y controlada por un Ser superior. A ese Ser los católicos le llamamos Dios. Por supuesto que cada uno puede llamarle como mejor le parezca, pero toda energía que da Vida por ley y razón natural, procede de ese Ser superior, y a ese Ser superior ha de volver, una vez vivida y cumplida la misión para la que ha sido destinada en este Mundo. A mí, desde entonces ya no me valió eludir tal verdad diciendo: --Como no veo a ese Ser Superior no creo en Él. Porque tampoco veo el Viento y sin embargo, es una fuerza real que está entre nosotros, incluso en un momento dado me puede tambalear y no soy capaz de verlo.

Desde esta convicción, he meditado y analizado los Evangelios y me he convencido de que la Esencia de los mensajes y enseñanzas de Jesús van estrechamente paralelos a las enseñanzas de la Madre Naturaleza, y ambas proceden de la Magnitud del gran Creador, del Ser supremo. Incluso diré, que Jesús para que mejor podamos entenderle, en muchas de sus parábolas, se apoya en hechos concretos y precisos de la Naturaleza: el sembrador y las semillas, la vid y los sarmientos, la higuera seca, etc. Y como colofón de su entrega, quiere quedarse entre nosotros y para nosotros en dos frutos, productos de la Naturaleza: el pan y el vino.

Para terminar, os diré, que tengo una pena, no poder llevar las manos más llenas, porque mi soberbia, mi orgullo y mi egoísmo no me han permitido ser mejor con todos vosotros y daros más cariño y amor, principal razón por la que he sido creado.

Confío que el Señor de la Bondad y Misericordia, junto con María Madre me reciban, cuando después de atravesar la oscuridad de mi última noche, llegue para mi la aurora de un nuevo amanecer.

Gracias, Paco, por tu testimonio y por tu lección. No la olvidaremos. Pediremos por ti.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 14 de septiembre de 2019